

# HACIA UNA SOCIEDAD DEL CUIDADO

**ANA B. DÍAZ CORTÉS**

---

Doctora en Sociología. Grupo hospitalario interdisciplinar de apoyo al cuidador, Hospital Clínico Universitario de Santiago

El envejecimiento es una de las transformaciones sociales más significativas de los siglos XX y XXI y que cuenta con importantes consecuencias en diferentes sectores además de un profundo impacto en la estructura familiar.

Muchas de las personas mayores ni siquiera tienen acceso a los recursos para llevar una vida plena y otras se enfrentan a numerosos obstáculos para participar plenamente en la sociedad. En este contexto, centrar la mirada en el envejecimiento parece más que razonable. Y esto es lo que ha hecho la OMS declarando el período comprendido entre 2021 y 2030 como la Década del Envejecimiento Saludable con una estrategia que pivota sobre cuatro grandes ejes: cambiar la forma de pensar y de sentir y actuar hacia la edad, fomentar las capacidades de las personas mayores, brindar atención centrada en la persona y dar cobertura a largo plazo.

Bajo estos epígrafes se insta a los gobiernos, la sociedad civil, los organismos internacionales, el sector privado y los medios de comunicación entre otros, a realizar acciones para mejorar la vida de las personas mayores, sus familias y las comunidades en las que viven. Un compromiso colectivo enfocado a vivir con dignidad e igualdad y en un entorno saludable.

Dentro de un tiempo habrá que hacer balance y ver si este compromiso que se adquiere, iniciado seguramente con esmero, servirá para lograr una transformación social que logre posicionar la cultura del cuidado en el epicentro de la sociedad. No en vano, la pandemia de COVID-19 ha replanteado el actual modelo, con centros residenciales obsoletos que urge reformular, y personas en soledad dentro de sus casas. Es más que evidente la necesidad de transformar las ciudades en lugares más saludables y facilitadores de la cultura del cuidado.

El cuidado es un valor tan imprescindible como ignorado. Ligado tradicionalmente a la figura femenina es urgente ensalzarlo, universalizarlo y darle un merecido relieve social cuyo germen está en la vulnerabilidad del ser humano. Desde este punto de vista y teniendo en cuenta la fragilidad inherente a las personas, deberíamos de preguntarnos por qué parece que hemos perdido la capacidad de cuidar y cómo hacer para que el cuidado sea un deber asumible por todos, un deber moral básico y que trasciende a la dependencia para pasar a ubicarse en la interdependencia. Reconocer la mutua interdependencia y generar empatía es el cimiento sobre el que se sostiene el cuidado y estas deberían de ser características que acompañen la relación con nuestros semejantes y que, en ocasiones y sin motivo, se desactivan de manera inconsciente. Algunos ancianos viven o mueren solos, otros habitan en centros asistenciales cuidados por profesionales con escaso

afecto y hay quienes, en el mejor de los casos, se quedan en sus casas esperando las breves visitas familiares que acontecen entre obligaciones personales y laborales.

La interdependencia se contrapone con un valor en alza en la sociedad actual: la autonomía personal. Nos sentimos verdaderamente forzados a ser autónomos y a formar generaciones de personas autónomas sin caer en la cuenta de que la dependencia es una cualidad intrínseca a la naturaleza humana, nacemos y morimos dependientes, aunque la dependencia no sea igual a lo largo de nuestra vida y se acentúe a edades tardías.

A pesar de estar fuertemente arraigado este modelo de sociedad individualista donde se valora la identidad individual por encima de la grupal y se promueven ideales de competición, las personas nunca podremos deshacernos de la enfermedad, el dolor o el sufrimiento, escenarios que no solo debemos contemplar, sino que también necesitan una respuesta. Si no cuidamos y no nos cuidan cuando lo necesitamos, se rompen los cimientos de la sociedad. Pese a ello, la lucha por la autonomía y el individualismo sigue siendo una meta, hoy por hoy, en nuestro modelo social.

Existen dos ejemplos muy gráficos de la importancia que ha tenido el cuidado en la historia de la humanidad. El primero de ellos se refiere a uno de los más grandes descubrimientos de la paleoantropología mundial que tuvo lugar en el verano de 2001 en el yacimiento burgalés de la Sima de los Huesos. Entre los restos de fósiles humanos recuperados y datados en algo más de 430.000 años de antigüedad, se encontró el cráneo de una niña de unos diez años con una rara patología denominada craneosinostosis que le provocó discapacidad y deformidad física. Con escasas o nulas posibilidades de valerse por sí misma, la niña, en lugar de ser abandonada, algo que hubiera sido altamente probable en otras especies animales, fue cuidada por el grupo y vivió hasta casi la adolescencia. Se demostraba así una capacidad de formar un grupo integrado y colaborativo, que supo transitar desde el cuidado al amor, determinando un punto de inflexión en la evolución humana.

El segundo ejemplo hace referencia a una pregunta que le formuló una estudiante en una ocasión a la antropóloga norteamericana Margaret Mead (1901-1978): «¿Cuál cree usted que es el primer signo de civilización en la Humanidad?». A pesar de que el auditorio pensaba que la respuesta haría referencia a la rueda o la piedra de moler, la antropóloga dijo que el primer signo de civilización en la cultura antigua fue un fémur fracturado y luego sanado. Argumentó que, en el reino animal, si te rompes una pierna, irremediablemente mueres. No puedes huir del peligro o proveerte de alimentos, a la vez, estar inmovilizado te sitúa como presa fácil. Ningún animal sobrevive a una pata rota el tiempo suficiente para que el hueso sane. Por tanto, un fémur roto, que se ha curado, es la prueba de que alguien se ha tomado el tiempo para quedarse con la persona accidentada, le ha vendado la herida, la ha llevado a un lugar seguro y la ha ayudado a recuperarse. Y precisamente es ese momento de ayuda al prójimo donde ella situó el inicio de la civilización. Mead defendía que el cuidado, el apoyo en los momentos difíciles es lo que nos hace seres evolucionados, de ahí la gran importancia de fomentar la socialización, las redes colaborativas, la escucha y el acompañamiento en el sufrimiento.

Pero cuidar es algo más que ver, asistir o custodiar. No es una mera acción. Cuidar es una cultura que implica generar un estilo de vida que dé sentido a nuestra existencia y que contribuya a una transformación social. Un paradigma que pretende transitar por la vida de un modo más humano poniendo interés en aquello que permita construir un mundo mejor.

Este nuevo modelo solo será factible si se educa a la ciudadanía en el cultivo de determinadas virtudes que, conjugando adecuadamente razón y emoción, permita el desarrollo del sentido del respeto mutuo. Para dejar un futuro mejor necesitamos enfocarnos en los valores vertebradores que nos unen como sociedad y recuperar los vínculos comunitarios. El amor ha de expresarse como una determinación firme y perseverante de lucha por el bien común. Si de verdad queremos crear una cultura de cuidado hay que poner el foco en las personas y en su necesidad básica y vital de ser cuidadas; saberse queridas y reconocidas; vivir con dignidad y ser feliz. Es prioritario reflexionar acerca de los valores que les llegan a las nuevas generaciones desde todos los sectores sociales incluidas las familias. Tal vez dedicar tiempo a los demás desde el esfuerzo colectivo pueda ayudar a darle la vuelta a estadísticas tan alarmantes como el número de personas en soledad o la tasa de suicidios. Necesitamos menos egocentrismo y más solidaridad. Una nueva situación en la que todos estamos llamados a asumir un nuevo compromiso.